

Editorial

Catástrofes e intervención en emergencias

Silvio Marinelli

No hay electricidad, no funcionan los teléfonos, las llaves no surten agua, se interrumpen las comunicaciones, escasean los víveres, no hay agua potable, asearse se convierte en todo un problema: no se trata de un boletín de guerra, sino de un reporte “común” en caso de inundaciones o el paso de un huracán. La vida – familiar, laboral, escolar, social – se ve trastocada.

La situación se vuelve trágica para todas las familias que sufren la muerte de uno o más de sus seres queridos, por la presencia de heridos, los niños que lloran, los ancianos en completo desamparo, las personas que ya sufrían por enfermedad ahora no pueden continuar las terapias. Pérdidas “humanas” y “materiales”, así se definen, y un sufrimiento inenarrable son las consecuencias de un evento catastrófico natural o provocado por la incuria humana.

Quedan secuelas materiales: refugios provisionales, cambio de residencia, espera de la ayuda o del rescate, desamparo e impotencia frente a sucesos que no se puede controlar y evitar.

Las personas, también las más fuertes, sufren traumas, muchas veces duraderos. Sobrellevar las consecuencias de un accidente, de una enfermedad o de un duelo por la muerte de un familiar es siempre difícil. En los casos de catástrofes los retos se multiplican: ¿Cómo apoyar a un sinnúmero de personas, tal vez aisladas, con las vías de comunicación interrumpidas, con la infraestructura dañada (hospitales, carreteras, bomberos y protección civil, farmacias, centros de acopio, etc.)?

En los últimos años, las autoridades públicas han realizado algunas iniciativas para la intervención (y la prevención) en caso de catástrofes: la ayuda llega, sin embargo, no siempre con la inmediatez requerida y en la medida suficiente. Se trata de una ayuda urgente, sin embargo no cubre todas las necesidades de la población afectada.

Hay muchas necesidades psicológicas que quedan insatisfechas; necesidades que piden una respuesta a medio y largo plazo: elaborar el duelo por la pérdida de un familiar o de bienes materiales importantes (la vivienda, los cultivos o las herramientas de trabajo), el camino para retomar una vida normal después del impacto traumático, encontrar razones y sentido para volver a trabajar y reconstruir lo que está dañado o perdido, animarse a sentir esperanza, volver a tejer la red de las relaciones interpersonales o de parentesco trastocadas, animarse a ser solidario con un espíritu comunitario, recuperar una confianza básica en la vida, perdonar en el caso de que el evento catastrófico sea ocasionado por acciones humanas, salir de un estado de estrés, sanar heridas emocionales, etc.

Las necesidades psicológicas y espirituales necesitan también intervenciones de apoyo. No podemos pensar que las personas y las familias puedan retomar o continuar su vida como si nada hubiera pasado. Este número de la Revista presenta algunas reflexiones con intención de sensibilizar sobre estas tragedias humanas, sin la pretensión de dar soluciones que, en realidad, necesitan respuestas a diferentes niveles, tomando en cuenta la experiencia de quien ha pasado a través de este sufrimiento.